

**CURSILLO INTRODUCTORIO
A LA PERSONA Y ENSEÑANZA DE SAN PABLO**

Mario Alberto Molina, O.A.R.
Obispo de Quiché
Santa Cruz de Quiché, Quiché, Guatemala, 2008

**Tema 5
Pablo, apóstol de Jesucristo
para convocar a la Iglesia
(1)**

Esta catequesis y la siguiente se proponen mostrar cómo el fruto primero de la resurrección de Cristo es la Iglesia, en la que quienes la formamos encontramos la salvación. Veremos algunos rasgos principales de la Iglesia en las cartas de san Pablo.

a. La Iglesia, nuevo pueblo de Dios, nace del amor de Dios

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que desde lo alto del cielo nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bienes espirituales. Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Movidó por su amor, él nos destinó de antemano, por decisión gratuita de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo y ser así un himno de alabanza a la gloriosa gracia que derramó sobre nosotros por medio de su Hijo querido. Ef 1,3-6

Al origen de todo está el amor de Dios. Esta es una convicción básica de san Pablo. En verdad esta es una convicción básica de toda la Escritura. Sin embargo, Pablo ve ahora cómo ese designio de amor se extiende desde la creación hasta encontrar su expresión plena en Cristo. Este amor no es algo que hemos ganado, como si hubiéramos hecho alguna obra buena para merecerlo. Es amor porque es gratuito. Pablo habla en este contexto de la elección de Dios: Dios nos eligió para que fuéramos su pueblo. Esto no significa que Dios prefirió a unos y dejó a otros. La palabra "elección" para describir la acción de Dios sobre nosotros expresa la gratuidad de la nueva situación en que nos encontramos; el beneficio que recibimos de Dios no se debe a alguna obra nuestra para ganarlo, sino al don de Dios. Dios nos ha llamado para ser su pueblo, para ser santos, para pertenecerle a él. Ya no es el antiguo Israel el pueblo al que Dios llama suyo; ahora es el pueblo de los creyentes en Cristo el nuevo Israel.

b. La Iglesia, el nuevo pueblo de Dios constituidos por judíos y gentiles

Pablo, junto con los demás autores del Nuevo Testamento, concibe que aunque cada cristiano tiene que realizar su opción de fe en Cristo personalmente, debe vivir su existencia cristiana como miembro de una comunidad de fe, como miembro de la Iglesia. Las comunidades cristianas comenzaron a llamarse "iglesia" desde muy temprano. El escrito más antiguo de Pablo y del cristianismo, la 1ª Carta a los tesalonicenses, ya utiliza esta palabra para designar a la comunidad:

Pablo, Silvano y Timoteo a la iglesia de los tesalonicenses, que es de Dios Padre y de Jesucristo, el Señor. A ustedes gracia y paz. 1Tes 1,1

La palabra "iglesia" llega al español a través del latín, pero su origen es griego. *Ekklesia* significa "reunión de los convocados". El nombre expresa la conciencia de que quienes forman la comunidad de Jesús están allí por una decisión de fe, pero esa decisión personal ha sido posible porque antes ha habido una llamada, una convocación de parte de Dios. Esta convocación ha llegado a través de los

apóstoles y los ministros de la Iglesia, o incluso a través de los padres que en la familia les enseñan a sus hijos a conocer a Dios y a Jesucristo. Dios nos ha llamado primero.

La idea de que la fe cristiana se vive en comunidad es una herencia del judaísmo. Jesús constituyó a los Doce como semilla del nuevo pueblo de Dios. El número tiene el valor simbólico de evocar a los doce hijos de Jacob, los padres fundadores de las doce tribus de Israel que constituyen el antiguo pueblo de Dios. La fe religiosa no es un hecho privado, sino un acto público. Sólo en los tiempos contemporáneos se piensa que la religión sea algo privado, individual, que cada persona puede vivir por su cuenta. La existencia cristiana tiene una dimensión personal que se abre a la dimensión social y comunitaria. Pero este nuevo pueblo está constituido por personas gentiles y judías para formar un solo pueblo:

Así pues, ustedes, los paganos de nacimiento, los que son llamados incircuncisos por los que pertenecen a la circuncisión, —esa marca hecha en la carne por mano de hombre—, recuerden que en otro tiempo estuvieron sin Cristo, sin derecho a la ciudadanía de Israel, ajenos a la alianza y su promesa, sin esperanza y sin Dios en el mundo. Ahora, en cambio, en Cristo Jesús, gracias a su muerte, los que antes estaban lejos han sido acercados. Porque Cristo es nuestra paz. Él ha hecho de los dos pueblos uno solo, destruyendo el muro de enemistad que los separaba. Él ha reconciliado a los dos pueblos con Dios uniéndolos en un solo cuerpo por medio de la cruz y destruyendo la enemistad. Por tanto, ya no son extranjeros o huéspedes, sino conciudadanos de los que forman el pueblo de Dios. Ef 2, 11-14.16.19

c. La Palabra de Dios convoca a la Iglesia

Si la Iglesia es la comunidad de aquellos a quienes Dios ha llamado, la Palabra de Dios llega a hombres y mujeres a través de la predicación de los apóstoles.

Nuestra exhortación no se inspiraba en el error, en torcidas intenciones o en engaños. Por el contrario, puesto que Dios nos ha juzgado dignos de confiarnos su evangelio, hablamos no como quien busca agradar a los hombres, sino a Dios, que conoce hasta lo más profundo de nuestro ser. Por todo esto, no cesamos de dar gracias a Dios, pues al recibir la palabra de Dios que les anunciamos, la aceptaron no como palabra de hombre, sino como lo que es en realidad, como palabra de Dios que sigue actuando en ustedes los creyentes. 1Ts 2,3-4.13.

Quiero que sepan, hermanos, que el evangelio anunciado por mí no es una invención de hombres, pues no lo recibí ni lo aprendí de ningún hombre; Jesucristo es que me lo ha revelado. Gal 1,11-12

Jesucristo es la Palabra de Dios, que con su vida, obras y palabras anunció el evangelio de la salvación. El evangelio continúa anunciándose como Palabra que da vida en la predicación de los apóstoles. Esa es la Palabra de Dios que convoca y llama. Es la palabra viva que transmite el conocimiento de Dios y la historia de su amor que ha revelado en Jesucristo y su obra.

La Sagrada Escritura es la fijación en letras de esa palabra viva que se transmite en la Iglesia. Para Pablo, esta palabra escrita son las Santas Escrituras del Antiguo Testamento. Las cartas que Pablo escribió son fijación escrita de lo que hubiera sido su predicación oral a las comunidades a las que las escribió. Él da testimonio del valor de las Escrituras del Antiguo Testamento con las siguientes palabras:

Sabemos que cuanto fue escrito en el pasado, lo fue para enseñanza nuestra, a fin de que, a través de la perseverancia y el consuelo que proporcionan las Escrituras, tengamos esperanza. Rm 15,4

[Timoteo,] permanece fiel a lo que aprendiste y aceptaste, sabiendo de quiénes lo has aprendido, y que desde la infancia conoces las Sagradas Escrituras, que te enseñarán el camino de la salvación por medio de la fe en Jesucristo. Toda Escritura ha sido inspirada por Dios, y es útil para enseñar, para persuadir, para corregir, para educar en la rectitud, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y esté preparado para hacer el bien. 2Tm 3,14-17.

Estas Escrituras, fueron escritas bajo la inspiración del Espíritu Santo con el fin de instruirnos y guiarnos en el camino de la salvación por medio de la verdad que ellas nos enseñan. Ellas nos hablan del Evangelio de Jesucristo, *que Dios había prometido por medio de sus profetas en las Escrituras santas* (Rm 1,2).

Para entenderlas, sin embargo, hace falta la fe en Cristo. Por eso Pablo dice que los judíos no entienden el verdadero sentido de la Escritura: *Cuando leen las Escrituras de la antigua alianza, permanece sin descender aquel mismo velo, que ha desaparecido gracias a Cristo* (2Cor 3,14). Porque para entender bien lo que las Escrituras enseñan hay que tener la fe en Cristo. Nosotros no sacamos las enseñanzas de la fe sólo leyendo la Sagrada Biblia, sino que leemos la Biblia y descubrimos su sentido cuando la entendemos a la luz de la fe que nos ha entregado la misma Iglesia que nos entrega las Escrituras. Mientras los judíos no entienden el Antiguo Testamento, Pablo puede decir sin embargo: *Ahora, con independencia de la ley, se ha manifestado la fuerza salvadora de Dios, atestiguada por la ley y los profetas*. Esto significa que, si bien el cristiano ya no asume la ley del Antiguo Testamento para cumplirlo en sus ritos y leyes, el cristiano lee las Sagradas Escrituras como testimonio del evangelio de Jesucristo.

Ya en la época de san Pablo, sin embargo, hubo personas que se presentaban como apóstoles y predicadores y cambiaban el evangelio. Así escribe san Pablo a los gálatas, que se han dejado engañar por falsos predicadores:

No salgo de mi asombro al ver con qué rapidez han abandonado a quien los llamé mediante la gracia de Cristo para pasarse a otro evangelio. Pero no hay otro evangelio. Lo que pasa es que algunos los están confundiendo e intentan manipular el evangelio de Cristo. Pues sea maldito cualquiera —yo o incluso un ángel del cielo— que les anuncie un evangelio distinto del que yo les anuncié. Gal 1,6-8

La amenaza de falsos predicadores ha existido siempre en la Iglesia. Son personas que creen entender las Escrituras, las interpretan a su modo, causan divisiones en la Iglesia y crean confusión en la mente de las personas. San Pablo ya advertía a Timoteo acerca de este peligro, que también nosotros vivimos hoy día:

Ante Dios y ante Jesucristo que, manifestándose como rey vendrá a juzgar a vivos y muertos, te ruego encarecidamente: Predica la palabra, insiste a tiempo y a destiempo, corrige, reprende y exhorta; hazlo con mucha paciencia y conforme a la enseñanza. Porque vendrá el tiempo en que los hombres no soportarán la sana doctrina, sino que, llevados de sus propios deseos, se rodearán de multitud de maestros que les dirán palabras halagadoras, apartarán los oídos de la verdad y los desviarán hacia fábulas. 2Tm 4,1-4